

de comportamiento y organización todavía muy influidas por características propias del Antiguo Régimen, y otra con tendencias progresistas y modernizadoras, muy por delante del contexto socioeconómico general de la época. Las controversias entre ambos modelos, combinados al final del lapso considerado con la crisis internacional de 1929, desembocaron en el colapso de los años treinta. La obra de José Almuedo expresa sectorial y espacialmente estos conflictos en la escala local. Libros como el suyo, desde la grandeza que posee esta escala cercana al ciudadano, al industrial, a las autoridades municipales, etcétera, siguen desentrañando dudas e incertidumbres para la consecución de un conocimiento más profundo de la España contemporánea.— VÍCTOR FERNÁNDEZ SALINAS

Madrid en 1898

El «Centro de Documentación y Estudios para la Historia de Madrid» ha publicado una «guía urbana» de la capital referida (según el título de la obra) al año 1898. Se abre con cuatro textos de carácter introductorio («El sistema político y la capitalidad del Estado», «La realidad urbana», «La población» y «El Municipio») amparados bajo el título común de «Madrid en el cambio de siglo», y firmados por distintos autores; suman un total de 40 páginas, incluidas numerosas ilustraciones y cinco planos a toda página.

El grueso de la obra lo constituye un cuerpo cartográfico ambiguamente denominado «Callejero de Madrid en 1898», el cual, junto con sus índices de calles, establecimientos, instituciones y lugares, ocupa 96 páginas, 63 de las cuales corresponden al plano de Madrid a escala 1:6.000 en colores, fraccionado en 31 rectángulos cuya organización indica un plano-llave.

Sobre ese plano se ha representado, por una parte, el espacio «consolidado», con distinción del ocupado por jardines, parques, arboledas, etc; por otra, la localización y la superficie ocupada por un extenso repertorio de actividades de todo orden (cuya naturaleza se diferencia mediante el uso de una gama de trece colores): Asistencia, Asociaciones, Conventos, Enseñanza, Iglesia secular, Industrias y comercios, Instalaciones, Ciencia y cultura, Instituciones municipales, Ocio, Organismos

y establecimientos, Ornamentación, y Palacios; salvo en cuatro casos, cada uno de esos conceptos o epígrafes ampara varios apartados. Acerca de todo ello cabe hacer algunas observaciones.

En primer lugar, parece inapropiado intercalar en la cartela el signo de «Ornamentación» (que acoge puertas, fuentes y estatuas) con los signos que representan actividades productivas o servicios de cualquier índole. Pero más importancia que eso tiene el que no se expliquen en ningún lugar los criterios seguidos para establecer los doce epígrafes restantes, y que el desglose de algunos de ellos que aparece en la propia cartela sea poco convincente y, a veces, sorprendente.

A título de ejemplo, el epígrafe «Instalaciones», de por sí inapropiado, comprende estos subepígrafes: Cárceles, Cementerios, Cuarteles, Estaciones, Lavaderos, y Municipio (sic). Que los lavaderos (privados y, además, manuales) se consideren bajo el mismo epígrafe que las estaciones de ferrocarril, y éstas junto con los cuarteles y cementerios y, por si fuera poco, se les agregue el Municipio, resulta incomprensible, cualquiera que sea la perspectiva en la que nos coloquemos. De forma análoga, bajo el signo convencional correspondiente al epígrafe «Industrias y servicios» se especifican estos subepígrafes: Finanzas, Hospedaje, Imprentas, Librerías, Mercados, Periódicos y revistas, y Sociedades. De ahí cabe entender que sólo se han representado esas actividades y que, por tanto, la única industria considerada ha sido, sin saber por qué, la de artes gráficas; pero si se examina el plano se ve que hay representadas, por ejemplo, fundiciones de hierro, fábricas de automóviles, de electricidad, de cerveza, etc, que no pueden ampararse en ninguno de los subepígrafes citados, los cuales, en consecuencia resultan superfluos por incompletos.

Ahora bien, si de la cartela pasamos al «Índice estructurado de nombres: Establecimientos, instituciones y lugares», el problema vuelve a aparecer, ya que sigue un orden alfabético de epígrafes; es decir, desestructura lo que en la cartela, aunque mal, está estructurado, entremezclándose los topónimos y los nombres de los barrios administrativos con los epígrafes de las actividades, económicas, instituciones, etc. Además, su lectura plantea bastantes dudas.

Por ejemplo, ¿tiene sentido mezclar bajo el epígrafe «Institutos y laboratorios» a laboratorios farmacéuticos e «institutos» médicos privados con el Observatorio Astronómico o el Instituto Geográfico?; en «Organismos públicos», ¿procede incluir la Vicaría del Arzobispado?; ¿no había en Madrid en 1898 más que las cinco Socieda-

* Virgilio PINTO CRESPO (dir.): *Madrid en 1898. Una guía urbana*. Ediciones La Librería, Madrid, 1998, 159 págs.

des anónimas que se mencionan?; el Depósito Hidrográfico, ¿acaso era un «Museo»?; el Canal de Isabel II ¿ha dependido alguna vez del Ayuntamiento de Madrid?...

Todo eso merma, y no poco, el esfuerzo de haber vertido en cartografía automática la información que se ha manejado. Pero es que aquí se encuentra, además, el principal problema que ofrece esta obra, pues en ningún lugar se dice, con la claridad exigible en cualquier trabajo científico, de donde procede la información utilizada.

Sobre esto lo único que nos dice el director de la obra, después de brindar los datos al lector, es lo siguiente:

«Seleccionar tales datos no ha sido fácil. Pero después de tamizar la información hemos recopilado un número y variedad suficiente de ellos como para ofrecer una imagen exhaustiva de la ciudad en el cambio de siglo» (pág. 10).

No sólo no se nos dice de donde proceden los datos; tampoco se explican los criterios empleados para llevar a cabo la selección a la que se alude; ni siquiera se indica si se han utilizado fuentes manuscritas o impresas.

Bien es cierto que en las páginas 156 y 157 aparece una relación de «Fuentes», que incluye cartografía y bibliografía de la época, pero en ella se mezcla lo que ha podido ser utilizado para la confección de los cuatro estudios introductorios con las fuentes de las que pudieran provenir los datos vertidos en el plano a 1:6.000 que se nos ofrece. Con ello la oscuridad se hace aún mayor, al menos para quien no conozca personalmente algunas de las obras que se mencionan en ese apartado de «Fuentes».

Entre todas ellas hay una de la que parece evidente que se ha hecho amplísimo uso: Facundo CAÑADA LÓPEZ: *Plano de Madrid y pueblos circundantes por -----, Comandante de la Guardia Civil. Muchos de los datos se han tomado de los Ayuntamientos correspondientes y del Instituto Geográfico y Estadístico, con la autorización correspondiente. Dibujado y grabado por Andrés Bonilla. Escala de 1:7.500.*

De la comparación de la obra que comentamos con el plano de Cañada se desprende que de él, y de la Guía de Madrid y pueblos colindantes del mismo autor, publicada en 1902, y también citada entre las fuentes, procede la inmensa mayoría de la información utilizada. En primer lugar, de ahí procede la representación del espacio consolidado, con la salvedad de que ahora se ha suprimido, con mal criterio, la representación del perteneciente a términos municipales colindantes sin solución de continuidad con el de Madrid (Chamartín de la Rosa, Carabanchel, Vallecas).

Pero del trabajo de Cañada parece proceder algo más: la representación del espacio ocupado por industrias y servicios de todas clases (fábricas, talleres, centrales eléctricas, asilos, hospitales, conventos, centros de enseñanza, museos, estaciones, cementerios, teatros, mercados, organismos públicos, etc), que en muchos casos figuran en Cañada rotulados con sus nombres; cuando no es así, Cañada les asignó una clave numérica que ahora, merced a las ventajas de la técnica empleada, ha podido ser sustituida por el correspondiente rótulo, acompañado, a veces, de una pequeña mancha del signo convencional correspondiente, que en Cañada no existe (es lo que ocurre, por ejemplo, con cafés y librerías).

¿En qué ha consistido, por tanto, la difícil tarea de seleccionar los datos de la que se nos habla en la «Introducción»? Puede que exista, pero la verdad es que no queda nada clara.

Fuera de lo que consta en Cañada, poco más ha podido obtenerse de las fuentes que se mencionan en la obra, aunque alguna utilidad podrían haber prestado el *Anuario* de Bailly-Bailliere de 1898 o la *Guía práctica de Madrid* de Roldán y González, de 1903-1904, por ejemplo. Es evidente que no se han manejado fuentes primarias, y así no ha podido representarse la localización del comercio, la industria o los servicios en su conjunto, que hubiera permitido una pluralidad de planos temáticos, a menor escala. Por ello no ha podido irse más lejos de donde llegó Cañada hace un siglo. Las diferencias respecto a su plano (aparte de las de carácter técnico) se reducen a detalles, tales como modificar la selección de los caminos representados en la Casa de Campo, o rectificar alguna manzana (acaso porque se ha trabajado sobre otra base planimétrica), o hacer ciertas supresiones poco relevantes (por ejemplo la mención de los múltiples lavaderos de la condesa de Bornos en la margen del Manzanares).

Una adición de cierta envergadura plástica, aunque no documental, es la de haber representado el volumen, en perspectiva, de ciertos edificios, con resultados no siempre afortunados y algún error de bulto (por ejemplo, las naves de fabricación de la Casa de la Moneda, que no tenían sino una planta, se representan con mayor altura que el edificio frontero de la Biblioteca Nacional).

En fin de cuentas, un siglo después, esta obra retoma el modelo y los datos de Facundo Cañada López, y nos los presenta en una edición manejable y accesible. Al trabajo de aquel militar, y al progreso técnico contemporáneo, debemos, en primer lugar, agradecerérselo.— FRANCISCO QUIRÓS LINARES